

José Cástulo Zeledón: de joven boticario a notable ornitólogo y empresario

Luko Hilje Q.
luko@ice.co.cr

Hace 78 años, tras sufrir un derrame cerebral, el 16 de julio de 1923 moría en Turín, Italia, José Cástulo Zeledón Porras. Jamás habría imaginado él que aquel viaje con su esposa Amparo López-Calleja Basulto -nacida en Cuba- no tendría retorno. El país se conmovió con tan lamentable suceso, pues Zeledón fue un ejemplar ciudadano, tanto por sus virtudes cívicas y probada generosidad, como por sus méritos científicos y empresariales. Con 77 años de edad recién cumplidos, había alcanzado el cenit de su vida aquel que desde muy pequeño había mostrado gran afecto e interés por las plantas y las aves. Sin embargo, su vocación y potencial estaban limitados, pues no existía la educación secundaria formal, y en la Universidad de Santo Tomás no había carreras científicas.



Nació en Los Anonos, San José, el 24 de marzo de 1846, como el séptimo de una prole de nueve hijos, en el hogar formado por Manuel Zeledón Mora y Carmen Porras Vargas. Su padre, quien fuera gobernador de San José por muchos años, era sobrino de Juan Mora Fernández, nuestro primer Jefe de Estado, en tanto que su madre era prima tercera de Ana Benita Porras Ulloa, madre del expresidente y héroe nacional Juan Rafael Mora Porras. Asimismo, por línea paterna estaba emparentado con notables ciudadanos, como los expresidentes José Joaquín Rodríguez Zeledón y Vicente Herrera Zeledón, el abogado y diplomático Pedro Pérez Zeledón, y los escritores Manuel (Magón) González Zeledón y Aquileo Echeverría Zeledón.

Para fortuna suya, cuando tenía apenas 16 años de edad su padre lo llevó donde el alemán Alexander von Frantzius, quien lo contrató como dependiente en su botica, en la Calle de la Universidad. Este médico y naturalista había llegado a Costa Rica a inicios de 1854 junto con su colega Karl Hoffmann, interesados ambos

en explorar nuestra naturaleza, y también para alejarse de la difícil situación asociada con las cruentas luchas antimonárquicas que estremecían a Alemania.

¡Para qué Universidad! El privilegiado jovencito quedaba en manos de un mentor de inmenso calibre, nada menos que discípulo del sabio Alexander von Humboldt, amigo íntimo de Rudolf Virchow -proponente esencial de la teoría celular- y compañero de trabajo en la Universidad de Breslau (Breslavia) de Robert Bunsen y Gustav Kirchhoff, célebres químico y físico, respectivamente. Siendo tan joven, no podía comprender lo que todo esto significaba, pero dio lo mejor de sí y aprovechó al máximo las oportunidades que tuvo. Por tanto, además de emprender extenuantes giras para recolectar aves y mamíferos, con destreza aprendió a disecar y preparar sus pieles, las cuales von Frantzius enviaba al Museo de Zoología de Berlín y al Instituto Smithsonian, en Washington. Y, consciente de que necesitaba conocer más de estos animales, incluso tomó clases y aprendió a leer inglés, para entender la literatura científica pertinente.

Al morir su esposa, y decidido a retornar a Alemania, en 1868 von Frantzius visualizó que en nuestro país no quedaría ningún naturalista debidamente formado. Fue por eso que contactó al Dr. Spencer F. Baird, en el Instituto Smithsonian, para que capacitara a Zeledón. Este permaneció allí durante cuatro años, donde desde entonces trabó una amistad inextinguible con el excelente ornitólogo Robert Ridgway, quien años después vendría a Costa Rica dos veces, por muy extensos períodos, para estudiar nuestra avifauna.

Ya bien adiestrado como ornitólogo, su anhelo de regresar y aportar al país se concretó en 1872 cuando, tras la construcción del ferrocarril al Atlántico, el empresario Minor Keith y nuestro gobierno propusieron organizar una expedición científica a Talamanca, liderada por el geólogo William Gabb. Sin embargo, lamentablemente tuvo serios problemas personales con Gabb, por lo que abandonó la expedición en 1873 sin haber completado el inventario de aves, además de que contrajo malaria, que le afectaba muy seriamente. Ante tal situación, consiguió empleo como administrador de la Botica Francesa -propiedad de Francisco Quesada Esquivel-, a quien en 1890 le compraría dicho establecimiento, junto con su socio alemán Federico Hermann Gottfried, quien era nueve años menor que él.

Con el tiempo, dicha farmacia creció de manera vertiginosa, gracias al desarrollo de una muy competitiva industria nacional, basada en la producción local de medicinas en los campos de la salud humana y animal, así como de cosméticos, perfumes, pastas, etc., con unas 360 marcas propias. Consolidada esta empresa, a lo cual contribuyó el capital aportado por su esposa tras su matrimonio en 1895, muchos años después se asociaría con Julio Alvarado Rodríguez en la empresa El Laberinto, de jabones, candelas, tejas y telas, y hasta un aserradero, ubicada al sur de la capital, donde hoy se halla la Fábrica Nacional de Trofeos.

Su sensibilidad social lo hizo priorizar a ancianos, viudas y niños huérfanos como sus empleados, lo cual fue plenamente congruente con las acciones de su altruista esposa, siempre orientadas a dignificar -no

simplemente a buscar paliativos- a las personas más necesitadas, y especialmente a huérfanos y a ancianos. Asimismo, con ella compartió el activo apoyo a la causa independentista de Cuba, y el enfrentamiento frontal a la oprobiosa dictadura de los hermanos Federico y Joaquín Tinoco, lo que les representó serias privaciones en varios sentidos.

Ya derrotada la dictadura, en reconocimiento a su labor y prestigio fue electo como primer diputado por San José en el gobierno de Julio Acosta García, pero por motivos de salud declinó nomás comenzando, correspondiendo sustituirlo a José María (Billo) Zeledón Brenes, destacado intelectual y poeta, así como valiente y combativo político. Por cierto, su relación con él era muy cercana, pues Billo era primo segundo suyo y además casó con Ester Venegas Zeledón, sobrina suya. En diferentes épocas, laboró tanto en la Botica Francesa como en El Laberinto, y siendo empleado de la primera, escribió la letra de nuestro bello Himno Nacional.

Autor del Catálogo de las aves de Costa Rica e inmortalizado su nombre en el ave Zeledonia coronata y en otras especies, José Cástulo fue un gran impulsor de la creación del Museo Nacional, junto con el joven Anastasio Alfaro González -por entonces de 21 años de edad- garantizando así la continuidad de la obra iniciada por los naturalistas alemanes para lograr la institucionalización de las ciencias naturales en nuestro país. Pero, además, fue un vivo ejemplo de compromiso con la patria y con muy preciados valores cívicos.

Es decir, José Cástulo fue un auténtico modelo para las juventudes, una vida a emular.

Publicado con modificaciones en la revista Estrategia 2050, de la Estrategia Siglo XXI (Vol. 5, 2011).